

Cuando no hay palabras y los conceptos son sombras

Jean Robert

Lo propio de las crisis históricas es que son situaciones aporéticas (del griego *a-poros*: sin camino) cuya salida se descubre sólo caminando por ellas. Son “aporías” en las cuales se inventan dolorosamente nuevos modos de persistir, de gozar y de pensar.

Por cierto, la presente crisis económica requiere ser tomada en serio en sus dos aspectos paradójicamente contradictorios. Es, con todo el peso de las palabras, una situación aporética que nos invita a inventar caminos nuevos. Como aporía de la economía, la crisis no puede ser superada por medidas económicas. De hecho, solo se hace persistente por el cúmulo de intentos de superarla. La única salida es el camino que se hace caminando por ella y respondiendo al reto que lanza a la imaginación.

Para aquellos que tratan de *caminar en la aporía*, la presente crisis es la percepción aguda, dolorosa e inefable de que la economía en general (y no alguna forma dialectal de ella) no coincide con la persistencia de nuestro sustento diario ni con nuestros proyectos de buena vida. Esta percepción es mundial, aun si toma formas muy distintas en el Norte sobrealimentado de grises certezas y en el Sur multicolor y pobre.

Caminar en y por la aporía económica y social que llamamos “la crisis” requiere dos esfuerzos complementarios:

1. Reapreciar lo que la instauración de la relación económica desvaloró y sigue desvalorando.
2. Formular y nombrar proyectos de sustento y de regocijo mutuo capaces de tener persistencia.

Para los que han decidido caminar en y por ella, la crisis se revela como un paisaje insólito que dejan de iluminar las viejas certezas.

De Alemania nos viene un primer intento de ordenar el caos mediante formas distintas de las habituales. Quizás dirán que es “otra visión alternativa desde el Norte”. Es posible. Pero no podemos huir de esta invitación a romper hábitos mentales paralizantes. Que alemanas y alemanes valiosos traten de caminar no significa que debamos seguir sus pasos. Pero saludaremos y reconoceremos como un desafío intelectual su intento de liberar sus pies de viejas ataduras. Su liberación es también la nuestra.

Del 18 al 22 de marzo de 1988 tuvo lugar en Bad Boll un seminario titulado “La perspectiva de la subsistencia: ¿un camino hacia el aire libre?” *El Gallo* estaba presente. Hizo oír su canto, pero hizo más: oyó y recogió las aportaciones de los ponentes. A partir del número 1354, *El Gallo* inició la publicación de textos de María Mies, Claudia Von Werlhof, Jochen Kuhnen, Signar Groeneveld, Alexander Langer, Gustavo Esteva, Christel Neusuess, Vandana Shiva y J. Bandyopadhai. La mayor parte de estos autores ya son viejos conocidos de los lectores de *El Gallo*. Sus nombres los delatan: aunque el seminario de Bad Boll estuvo principalmente centrado en la discusión de las tesis del “grupo de Bielefeld” (un equipo de feministas que, con gran pasión intelectual, establece un “paralelo teórico” entre la explotación doméstica de las

mujeres y la expoliación de la subsistencia sufrida por los campesinos del tercer mundo) el Sur estaba activamente presente.

Con la excepción algo frustrante de *El Gallo* y uno que otro participante, la mayoría de los ponentes coincidieron con el grupo de Bielefeld en que el concepto de *subsistencia* es un buen bastón para caminar a través de la crisis económica, hacia “el aire libre”. *El Gallo* se erigió sobre sus espolones y declaró querer caminar ¡sin bastón! Con lo cual provocó todo un barullo.

Quien camina por un terreno desconocido puede tener la tentación de marcarlo con mojoneas tomadas de campos conocidos. Es así como vemos los primeros intentos teóricos de marcar, en la crisis, un camino “hacia el aire libre”.

En el artículo de María Mies, cuya publicación concluimos esta semana, destacan las vacilaciones del paso, así como una bella franqueza al respecto. “Hemos tomado el riesgo de iniciar una elaboración teórica cuando (aún) no hay palabras para ello y donde los conceptos son sombras”, escribe. Parte de una experiencia colectiva: los debates, los seminarios y las lecturas comunes del “grupo de Bielefeld”. Es guiada por una intuición femenina: la economía “patriarcal” y “capitalista” confeccionada por generaciones sucesivas de economistas barburdos o lampiños, pero siempre masculinos, es ciega a la mitad de la realidad, aun cuando pretende revolucionar la “economía política”. No ve que toda “economía formal” (como todas las otras aventuras en las que hombres occidentales involucraron a mujeres occidentales y a gente no occidental) solo es posible mientras exista un entramado natural y social que asegure el sustento de la vida diaria. La lucha con las palabras y los conceptos-sombra empieza a la hora de nombrar la dimensión humana de este entramado. Partiendo del análisis marxista, las compañeras de Bielefeld optaron primero por llamarlo “la reproducción”. Esta primera piedra en el vado no provenía, como lo ven, de un campo muy alejado al de la “economía patriarcal”. De hecho, al

decir “reproducción” hay que preguntar ¿de qué? Y la respuesta cayó como la navaja de Occam: aun para el barbudo revolucionario, la sola contestación posible era: de la *fuerza de trabajo*. Fin del primer acto. Al nombrar “reproducción” a la mancha ciega de la economía política, solo se confirmaba el prejuicio “paternalista” a favor de las actividades económicas formales, sancionadas por el calificativo de “trabajo” y asalariadas: actividades “masculinas”. Segundo acto: no digamos reproducción de la fuerza de trabajo, sino reproducción de la vida, lo cual apunta hacia un continente mucho más amplio que la economía formal: un dominio común a todas las sociedades y en el cual no predomina el género masculino. Tercer acto: dejemos caer el “re” que indica repetición mimética y sumisión a proyectos de otros. Hablemos de producción de la vida o mejor de producción de la *subsistencia*. Más allá de toda economía formal, definamos la subsistencia como el entramado de actividades que aseguran el sustento diario de la mayoría de los hombres y las mujeres.

En cada acto, vemos que una nueva forma sustituye a la otra, rechazada por sus significados previos. Por el reporte franco y la relación sincera de las dificultades de su camino, el artículo de María Miles es una aportación original a la historia de la formación de conocimientos nuevos. Esta interpretación epistemológica podrá parecer superflua a una intelectual que pretende ser ante todo una luchadora y elaborar conceptos como se forjan armas. Las vacilaciones teóricas de María Mies son sin embargo ejemplares: recuerdan la cautela de nuestros propios pasos cuando carecemos de acotamientos del camino y nos invitan a la sinceridad. Quien quiere caminar donde no hay sendas marcadas no puede caminar derecho.

Ahora bien, me parece que tres tipos de preguntas “epistemológicas” se presentaron a la mente de quienes leyeron la primera parte del artículo de María Mies en el núm. 1354.

1. ¿Corresponde su experiencia a la de caminar “donde no hay caminos”?
2. ¿Con qué tipo de “mojoneras” conceptuales trata de marcar el terreno explorado?
3. ¿Existe una situación tipo, o mejor un “tipo ideal” de situación con la cual se pueda comparar epistemológicamente la experiencia del grupo de Bielefeld?

Intento de respuesta a estas tres preguntas

1. Las palabras de María Mies sobre su itinerario intelectual (relata haber entrado “donde no hay palabras” y “donde los conceptos son sombras”) evocan claramente la “confusión”, el “caos” o el “callejón sin salida” que, quizás por falta de imaginación, llamamos “la crisis”. El itinerario de María Mies es el itinerario de una intelectual “en crisis” que pretende poner metódicamente en cuestión las ideas recibidas y los conceptos de su disciplina. Aún cuando se proclaman revolucionarios, son ideas “de hombres”, conceptos “patriarcales” que ignoran o, aún peor, niegan lo que para ella es esencial. La economía-tal-como-se-enseña, la *economía formal*, no coincide del todo con las formas en que subsistimos, gozamos y sufrimos, pensamos, creando al mismo tiempo para todos un *entramado de sustento* cuya existencia es negada conceptualmente y explotada prácticamente. La “crisis” del saber proviene aquí de la voluntad deliberada de *observar* a contracorriente de las ideas recibidas y de los hábitos inculcados, pero, aun así, María Mies debería nombrar a sus maestros.
2. Las “mojoneras conceptuales” con las que se pretende introducir algún orden en el “caos” de la observación inicial de campos dejados sin explorar (se habla de la “mancha ciega de

la economía política”) son *muy afortunadamente* ambiguas. Por una parte, María Mies insiste en que “nuestros conceptos se desenvuelven en forma viva, al paso de nuestras luchas y de nuestras reflexiones sobre ellas”.

Por otra parte, el esfuerzo del grupo de Bielefeld no deja, al mismo tiempo, de ser un esfuerzo intelectual conducido en el seno de la academia, lo cual genera, desafortunadamente, confusiones evitables. Escapa al academicismo por la tensión entre lucha y rigor intelectual de quienes lo sostienen, pero los conceptos propuestos no escapan a la regla de oro de las actividades académicas que es el “contagio conceptual”, la *transmisibilidad* de los conceptos. Seamos un poco caricaturales: ¿qué pasará el día en que los conceptos del grupo de Bielefeld —para entonces entronizado como “escuela de Bielefeld”— se habrán hecho suficientemente “operativos” como para ser retomados por “hombres” conformistas ajenos a la lucha inicial? Los conceptos de la lucha se habrán hecho ciencia oficial. En palabras de la misma María Mies, la ciencia constituye una suerte de “horizonte entrópico” de su lucha actual: “(...) nuestros conceptos dejarían de estar ‘vivos’ si nosotras dejáramos de luchar (...) y después de ello se harían aceptables para la ciencia.”

La ciencia como “muerte térmica” de una lucha: hay materia para meditar. Antes de proseguir, quiero que quede bien claro que no intento hacerle ningún proceso a María Mies, sino que dirijo una crítica a la ciencia en su pretensión de guiar o iluminar luchas por la existencia. Hay, en los trabajos del grupo de Bielefeld, sustancia suficiente para que sus miembros pudiesen aclarar: “Nuestros estudios pretenden orientar las investigaciones de los próximos veinte años en sociología, etnografía y economía.” Si no lo hacen, no es por falsa modestia sino por inteligencia: entienden que sus conceptos dejarán de estar vivos el día en que sean recuperados

por la academia. A partir de aquí, mi crítica se dirigía a esta perspectiva de (evitable) recuperación, y no a la tensión entre lucha y rigor de las compañeras de Bielefeld. La crítica se justifica en la medida en que la ciencia *sí* es recuperadora.

Mi crítica se enfoca pues a la dimensión “residualmente” científica de la lucha-elaboración teórica del grupo de Bielefeld. Aún usados entre comillas, términos como “producción”, “abastecimiento”, “(auto)consumo” y aún “subsistencia”, no dejan de ser palabras claves de lo que Uwe Poerksen califica de *matematización del lenguaje común*. La mera elección de la palabra *perspectiva* en el título de la conferencia de la Bad Boll ya manifiesta el peligro que quisiera señalar. Una visión en *perspectiva* siempre presupone un punto central privilegiado —el lugar del ojo— desengranado del contexto de lo observado. Una perspectiva se asemeja más a la imagen obtenida mediante una cámara, un microscopio o un telescopio que a la percepción genuina de quienes caminan en el entramado caótico de un terreno nuevo.

En este aspecto, y sólo en este aspecto, la *crisis cognoscitiva* deliberadamente alcanzada —al rechazar hábitos inculcados y convenciones conceptuales— por las compañeras de Bielefeld se puede comparar epistemológicamente con una *crisis de la observación científica*.

El ejemplo que escogí se ubica en el momento histórico de la generalización de un modo nuevo de observación que moldeó a su vez percepciones nuevas. Hablo de la observación microscópica o microscopía.

Los primeros observadores modernos de los microbios nos dieron una teoría de la “visión” microscópica en la cual tuvieron la honradez de recalcar su radical diferencia con la visión común. Debemos exigir la misma honradez de quienes pretenden vernos en “radiografías” obtenidas mediante conceptos dotados de prestigio científico. Toda *perspectiva científica* es dable de una crítica análoga a la crítica de las copias. Esperábamos esta crítica de María Mies

pero no nos la dio. Quizás lo que sigue no sea más que un recordatorio de que “no se puede repicar y andar en la procesión”.

Para definir el tipo ideal de esta nueva forma de observación, forjaré el neologismo de *scopía*. La *scopía* (sea *micro-scopía*, *tele-scopía* o *radio-scopía*) se opone a la *visión común* por proyectar bidimensionalmente la imagen de objetos que, por su escala sobre o infrahumana, habían quedado velados a toda percepción.

Más aun que la telescopía, la microscopía (a pesar del invento relativamente temprano del microscopio) tuvo que esperar el fin del siglo XIX para dar resultados científicos tangibles. Estos resultados coincidieron con un cambio de paradigma explicativo en la teoría médica y con varios saltos cualitativos en la técnica de la observación microscópica.

Cambio de paradigma explicativo en medicina

Hasta la década de 1860, las enfermedades infecciosas se atribuían generalmente a influencias misteriosas que se manifestaban por olores: los *miasmas*. Los miasmas proliferaban en las materias en descomposición y en la cercanía de los cuerpos infectados. No eran otra cosa que una encarnación conceptual de la peligrosidad atribuida a ciertas materias y a cuerpos enfermos. El concepto explicaba sin embargo en forma satisfactoria fenómenos observados, como por ejemplo, el hecho de que durante la gran epidemia de cólera de Londres, hubo más casos río abajo que río arriba de la desembocadura de la cloaca municipal en el río Támesis.

Fueron Pasteur en Francia y Koch en Alemania quienes confirmaron la tesis —ya formulada por Leeuwenhoek cerca de 1670— según la cual las enfermedades infecciosas y las fermentaciones son causadas por organismos microscópicos. Los alumnos de Koch y de Pasteur

se dedicaron a identificar y diferenciar “microbios” mediante el microscopio y a describir sus observaciones.

Salto cualitativo en la técnica microscópica

Un buen microscopio constituido por dos lentes colocados en las extremidades de un tubo fue construido por Robert Hooke en 1660. Pero, de 1660 a 1860, el microscopio no permitió hacer observaciones mucho más significativas que las de Leeuwenhoek, quien usaba una simple lupa.

Una primera dificultad estriba en el grado de magnificación del aparato, pero otra dificultad tal vez mayor que plagaba las observaciones microscópicas era la casi imposibilidad de distinguir los “artefectos ópticos” de las características del objeto por observar. Los “artefectos” son imágenes producidas por el ojo y el instrumento que no corresponde a características del objeto o *espécimen* observado. Aún hoy, quien mira por primera vez por un microscopio suele ver, por ejemplo, la imagen de su propio ojo o el interior del tubo. Antes de 1860, era extremadamente difícil distinguir los artefactos de las características del espécimen. Eso sólo fue posible a partir de los sucesivos inventos de Ernst Abbe, quien empezó, en 1860, por introducir la coloración del espécimen mediante anilina. Este hijo de un modesto obrero de la industria textil era, a fines del siglo pasado, el prototipo del industrial “que la hizo solo”. Concluyó su carrera en el sillón directivo de la fábrica Zeiss, pero su mayor contribución a la microscópica fue quizás teórica. En 1873, escribió el primer tratado en el cual se explica rigurosamente cómo funciona un microscopio y cómo “vemos” a través de él. En su *Beitraege*

zur Theorie des Mikroskops und der mikroskopischen Wahrnehmung (Contribución a la teoría del microscopio y de la percepción microscópica) Abbe establece que la percepción microscópica (la *scopía*) difiere *radicalmente* de la percepción visual común. En la visión común, lo que percibimos son *objetos en contexto* bañados en luz *reflejada*, en un espacio del cual nuestras otras percepciones nos dicen que tiene profundidad y apela al movimiento y a la acción. No “vemos” nada parecido en un microscopio sino solo “manchas de luz cuya claridad y oscuridad relativas corresponden a la proporción de luz que es transmitida o absorbida. Es decir que sólo “vemos” cambios en la amplitud de rayos luminosos.” (op. cit. p,140). Solo “vemos” una imagen abstracta que Abbe define como “(...) una síntesis fourieriana de rayos transmitidos y difractados”, o, algo más pedestremente como una imagen “producida por la interferencia de los rayos luminosos emitidos por la imagen principal y las imágenes secundarias de la fuente de luz (...)”

En otras palabras, la visión microscópica es *sui géneris*, distinta en casi todos los aspectos de la visión común. Sería pura pedantería recordar esta distinción si no viniera al caso que nos ocupa. *Los conceptos científicos son análogos a los instrumentos de la óptica*. Permiten ellos también una “visión” *sui géneris* cuyas características difieren radicalmente de las de la percepción común. Para decirlo sencillamente: toda visión científica se parece más a una microscopía o a una radio-scopía que a la percepción de hombres y mujeres ubicados *en contexto* y en interacción con los objetos percibidos. Por lo tanto, el tipo ideal de la visión o perspectiva científica es la “scopía” y no la percepción común. Tanto los resultados de la micro-, tele- y radio-scopía como los resultados generales de la ciencia tienen en común que:

- Deben ser interpretados según una disciplina rigurosa, en el marco de un estilo de pensar particular.
- Producen imágenes “bi-di-mensionales” en las cuales la “profundidad” debe ser añadida por un esfuerzo de la imaginación (de ahí la frecuencia de locuciones como “a la manera de palos sobrepuestos” o “como dedos entrecruzados” que abundan en los primeros informes de observaciones microscópicas modernas).
- Confrontan al observador con un “caos inicial” que debe ser “organizado” mediante la importación de formas identificables (ver la ocurrencia de comparaciones repetitivas con “letras V”, “palisadas”, “ideogramas chinos” en las primeras observaciones de microbios; estas formas repetitivas corresponden al uso de bloques conceptuales estándares en teorías incipientes).
- Aíslan el objeto de su contexto.
- Remplazan el “entramado contextual” en el cual se actúa por las reglas rígidas de una profesión.
- Ubican el ojo en un punto fijo exterior a lo observado.
- Colocan el poder de nombrar y de definir “lo que hay que ver” en manos de expertos.

Estas reflexiones permiten considerar de nuevo *la observación* —y no la construcción axiomática— como el eje de una crítica de la ciencia. Las críticas feministas han hecho notar que la perspectiva científica:

- Sobre-favorece uno de los cinco sentidos: la visión.
- Importa un “prejuicio masculinista” en el conocimiento.
- Rompe el equilibrio de la percepción y del saber entre la materia (“femenina”) y la forma (“masculina”); en otras palabras, la materia se disuelve bajo el ojo “masculino” científico que busca puras formas.

La crisis que vivimos tiene una doble naturaleza:

- Como aporía social y política, nos incita a caminar ahí por donde no hay camino marcado.
- Como crisis del saber, nos confronta con observaciones caóticas que apelan a ser ordenadas: como en las primeras observaciones caóticas en el microscopio, importamos formas ya conocidas para compararlas con las “sombras” percibidas.

En su acción de luchadoras por la equidad, las compañeras de Bielefeld se suman a quienes “caminan ahí donde no hay camino”. En su actividad de científicas universitarias, recrean las condiciones típicas de la *scopía* y de la *perspectiva* científica en general. La pregunta planteada es la de la relación entre lucha por caminar y afán científico. ¿Puede una perspectiva científica sustituir la visión común? Tengo la intuición de que el intento inicial de distinguir de la economía formal el entramado de sustento mutuo, de gozos y de penas que es nuestro verdadero contexto, recaerá en economicismos mientras el camino “hacia el aire libre” reclamará una legitimidad científica (aun si es “alternativa”). Por las “características ópticas” que no pueden

evitar introducir en todo debate, considero que conceptos científicos *no* pueden ser instrumentos de liberación política.

Para los aficionados a la epistemología comparativa he redactado otro ensayo en el cual comparo la abundancia de conceptos científicos mediante los cuales se pretende iluminar la crisis con las formas extrañas que los que miraron por primera vez a los microbios de la difteria observaron en el fondo del microscopio. Me parece importante que empecemos a caminar antes de que las metáforas originales cuajen en analogías compactas y en nuevos conceptos herméticos. La “forma” de la crisis aún no ha cristalizado en una nueva forma desengranada del contexto y solo aprehensible por los nuevos economistas de todo tinte. La locución “aún no” define el espacio de nuestra libertad de inventar.